



Psicología de las masas y violencia

Mass psychology and violence

■ Cecilio Paniagua y Javier Fernández Soriano

Resumen

Ésta es una aportación del punto de vista psicoanalítico a la comprensión de la violencia en los grupos humanos. La dicotomía entre racionalidad y la realidad del comportamiento humano se hace más patente en el funcionamiento de la masa, tanto la agresora como la victimizada. El individuo masificado no mentaliza en el registro adulto sino en un estado onto y filogenéticamente regresivo. Como ejemplo paradigmático de la violencia de masas se estudia el terrorismo y los mecanismos psicológicos inconscientes movilizados por este fenómeno.

Palabras clave

Violencia. Psicología de masas. Regresión. Terrorismo.

Abstract

This is a contribution to the understanding of violence in human groups from a psychoanalytic viewpoint. The dichotomy between rationality and the reality of human behaviour becomes more manifest in the functioning of the masses, aggressors as well as victims. Individuals immersed in a crowd do not mentalise in an adult register, but in an ontogenetic and phylogenetic regressive state. As a paradigmatic example of mass violence terrorism and the unconscious psychological mechanisms mobilised by this phenomenon are examined.

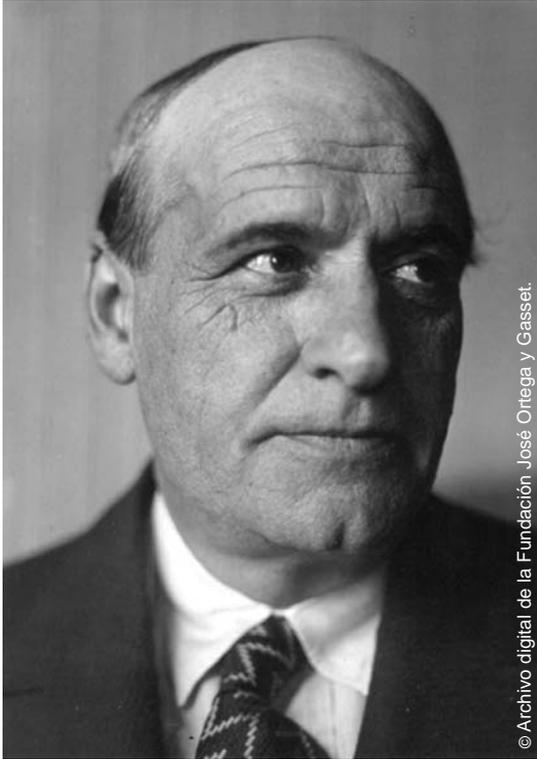
Key words

Violence. Mass psychology. Regression. Terrorism.

■ **Introducción**

Existen fenómenos de masas que son gozosos, como el contagio del entusiasmo en los espectáculos hermosos o el fervor idealista en las manifestaciones pacíficas. Además, las masas son capaces de mostrar comportamientos generosos, entregas abnegadas y

Los autores son doctores en Medicina y Miembros Titulares de la Asociación Psicoanalítica Internacional. El segundo autor es, además, Doctor en Ciencias Biológicas.



© Archivo digital de la Fundación José Ortega y Gasset.

Retrato de José Ortega y Gasset.

sacrificios heroicos. Solemos considerar estos fenómenos como beneficiosos o, al menos, “inocentes”. Sin embargo, todos podemos observar con cuánta frecuencia los ánimos exaltados por la razón que fuere, se encaminan por derroteros violentos. En efecto, es común que manifestaciones multitudinarias, inicialmente bienintencionadas, acaben en destrozos materiales y heridos. Heinz Kohut (1976), principal fundador de la psicología del *self*, señaló que la actuación violenta es el síntoma principal de la psicopatología de los grupos humanos.

Los fenómenos de masas fueron considerados por José Ortega y Gasset como “el hecho más importante de nuestro tiempo”. Ha llamado la atención a pensadores de todas las épocas que el ser humano integrado en la muchedumbre pueda descontrolarse en su comportamiento de un modo muy distinto a cómo lo haría si no formase

parte del grupo. En *La rebelión de las masas* (1929), Ortega trató de la sinrazón del “hombre masa”, de su vulgaridad, de su tendencia a reaccionar violentamente y de su carácter incivilizado. Precisamente en el mismo año, escribiría Sigmund Freud *El malestar en la cultura*, en que trató el tema de la “miseria psicológica de las masas”.

Según Ortega, “la civilización no es otra cosa que el ensayo de reducir la fuerza a *ultima ratio*. [...] La *acción directa* consiste en invertir el orden y proclamar la violencia como *prima ratio*”. Del hombre masificado “moderno” y sus reacciones instintivas sociales, opinaba Ortega que sus ideas no eran sino apetitos verbalizados. Pero esto tiene poco que ver con la “modernidad” y mucho con la naturaleza humana. En efecto, no es necesaria mucha perspectiva histórica para darse cuenta de que las citadas características del hombre-masa no son exclusivas de la era moderna. Una de las constantes en el estudio de la psicología de las masas es la similitud de su comportamiento a través de los tiempos y latitudes.

La naturaleza de la personalidad masificada ha sido tema muy debatido por los filósofos. Parece que fue Freud el primero en explicar de manera extensa y coherente, en

su *Psicología de las masas y análisis del Yo* de 1921, que este “alma colectiva” era comprensible en términos del desarrollo psíquico del niño y que resultaba reducible a los aspectos compartidos de la psicología individual. En otras palabras, para Freud, las observaciones del psicoanálisis y las inferencias que aquéllas permitían sobre la normalidad y la patología psíquica individual bastaban para comprender los fenómenos de masas. Esto recuerda el énfasis puesto por la Medicina científica de la época en que las alteraciones macroscópicas de los tejidos debían ser explicadas en términos de las alteraciones de la célula (Paniagua, 2004). Cabe preguntarse si no será un error considerar, como solemos hacer los psicoanalistas, que la manifestación primordial de la naturaleza mental humana es la observable en el psiquismo individual. ¿No deberíamos pensar que es igual de “humano” el comportamiento en masa, teniendo en cuenta que nuestros ancestros formaban grupos de cazadores-caníbales y recolectores, y que nuestro éxito evolutivo se debió en gran parte a nuestra condición de “animales sociales”?

Evolución y agresión

Como tales cazadores-caníbales persisten en nosotros los registros psíquicos que configuraron nuestro gregarismo. En épocas pretéritas el agrupamiento en torno a un líder debió constituir un mecanismo eficaz de supervivencia. La dependencia de un dirigente y la tendencia a las reacciones de suspicacia paranoide debieron ejercer gran presión selectiva. Las restricciones morales por identificación con el sufrimiento del adversario hubieron de quedar supeditadas entonces a la necesidad del dominio sobre éste. Actitudes como éstas son recreadas en la movilización de las masas. En los ejércitos se inculca la obediencia absoluta al mando como requisito para la victoria y la supervivencia misma. Tras el triunfo suele tener lugar un despliegue pulsional que, también en el ámbito militar, ha recibido el eufemístico nombre de “explotación del éxito”. Ha resultado harto frecuente que cuando una horda humana conquistaba una población enemiga, matase a los hombres y a los niños y violara a las mujeres (cf. Brownmiller, 1976). Exactamente lo mismo ocurre en simios como los papiones y los chimpancés cuando atacan a otras manadas de monos (Goodall, 1979). La matanza de los machos y copulación con las hembras han sido interpretadas como mecanismo para la transmisión de los propios genes y la eliminación de los competidores.

En la masa humana, de los impulsos instintivos y defensas originales (inconscientes e irracionales) del individuo, no resultan evidentes más que algunas manifestaciones resultantes de su dinámica interna, a modo de punta visible del iceberg. Para un estudio en profundidad de los procesos psicológicos inconscientes del hombre-masa hace falta tener una perspectiva psicoanalítica en el contexto de la Teoría de la Evolución. Ha sido común la idealización de la condición humana sin un apoyo en



Sigmund Freud, tomada en Viena en 1905 por Ludwig Grillich (1856-1926).

dicha teoría. El *Homo sapiens sapiens* no constituye una especie tan separada de los animales como querríamos pensar. Freud (1917) consideró una gran afrenta al “ingenuo amor propio” del ser humano la infligida por Darwin, Wallace y sus predecesores al demostrar nuestra procedencia animal. Y ¿cómo encajar la “herida narcisista” supuesta por las conclusiones del Proyecto Genoma Humano?, ¿dónde queda la exclusividad del hombre como “animal racional” frente a los “irracionales” cuando se comprueba que compartimos más del 98% de nuestro ADN con los grandes simios? La vida animal, con la ferocidad inherente a su condición heterotrófica, ha existido durante muchos cientos de millones de años. Que el hombre puede convertirse en un lobo para el hombre, según la famosa fórmula *hobbesiana*, está próximo a nuestra naturaleza primigenia.

Cuando las circunstancias sociales favorecen la neutralización del

sentimiento de culpa, los límites de la violencia siempre se relativizan. En situaciones de temor persecutorio el ser humano puede fácilmente convertirse en homicida. En Occidente, los conocimientos psicoanalíticos han influido de modo determinante en el entendimiento de las fantasías e impulsos agresivos, pero la aplicación útil de una psicología psicoanalítica a los fenómenos de masas está aún en ciernes (Spruiell, 1983). Esto es debido en parte a que los psicoanalistas mismos no tenemos experiencia suficiente en los fenómenos psicológicos de multitudes; nuestro campo de acción tradicional ha sido el del tratamiento individual. Sin embargo, la comprensión de los fenómenos de masas, en particular los belicosos, tiene una importancia extraordinaria en el presente y el futuro de la civilización. En 1930, Freud opinaba: “El destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si [...] el desarrollo cultural logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción”. Estas palabras cobran aún más sentido, claro está, en nuestra incierta era de armas atómicas, químicas y biológicas.

Venganza e historia

La identidad psicológica individual de todos los seres humanos está influida por la identidad nacional, étnica y cultural. Esto tiene gran calado a la hora de comprender las reacciones sociales cuyo objetivo, muchas veces no declarado abiertamente, es la venganza. Los sentimientos de indignidad o de humillación al grupo al que uno pertenece son siempre vivenciados, en mayor o menor grado, como heridas al amor propio personal y familiar, lo que suele suscitar rencores históricos, como el “odio eterno a los romanos” jurado por Aníbal. Las nuevas generaciones se sienten entonces compelidas a vengar a unos padres que no pudieron negociar psicológicamente sus propias pérdidas ni sus sentimientos de pasividad. Además, los hijos pueden sentirse obligados inconscientemente a imitar trayectorias vitales de sus predecesores con el fin de negar la muerte e intentar solucionar duelos familiares intolerables. Añadamos que las “políticas de impunidad” y las leyes de “punto final” dificultan la elaboración de los duelos resultantes de las afrentas sufridas en el pasado.

La venganza, que frecuentemente preferimos conceptualizar como justicia, constituye una defensa psicológica contra los sentimientos de impotencia y vergüenza. Además, al centrar sus objetivos en represalias “justas”, el vengador convierte su agresividad distónica en racionalizada o sintónica. Así, dice Irwin C. Rosen (2007, p. 603):

“La obsesión por la venganza acaba negando los sentimientos de indefensión y, con desproporción creciente, el sujeto obtiene de forma maniaca un poder virtualmente ilimitado. Un ‘ojo por ojo’ pronto se convierte en una vida por un ojo, una familia por una vida, una tribu por una familia y una nación por una tribu”.

Vamik Volkan (1988), experto en psicología de las relaciones internacionales, acuñó el concepto de “traumas de elección” en su estudio de los mitos sociales destinados a “coleccionar injusticias” que mantienen y fomentan el odio entre comunidades. La sed de venganza y reparación puede llevar a empresas descabelladas y aun suicidas. El recuerdo de opresiones y derrotas deshonrosas se perpetúa no menos que el de las ambiciones grandiosas y las glorias militares. Las memorias de desastres y victorias, los anhelos frustrados, y las culpas y fracasos históricos se transmiten distorsionados y mitificados de generación en generación, constituyendo rasgos compartidos en la psicodinámica de los miembros componentes de una nación. Erik Erikson (1968), pionero de la teoría psicoanalítica de la identidad, incluyó estos rasgos en su concepto de “identidad psicosocial”. En la medida en que un pueblo no tome consciencia, por ejemplo, de su duelo psicológico por la pérdida de un imperio, de su culpa por el intento de exterminio de un sector de la población, de su sensación de humillación por un calamitoso fracaso bélico, etcétera, tenderá a usar estos temas como denominadores psicológicos comunes inspiradores de la actuación irracional de la masa. “La

nación que no conoce su historia está condenada a repetirla”, reza una famosa frase de Jorge Santayana, profesor madrileño de Filosofía de hace un siglo en la Universidad de Harvard. En cualquier época, un *Führer* capaz de disminuir la culpa de los componentes de la masa si atacan a los “enemigos”, y aumentar la vergüenza si no actúan, puede precipitar enfrentamientos catastróficos.

Sadismo y sociedad

Las guerras y atropellos sangrientos como constantes en la historia son testimonio de la crueldad del hombre hacia sus semejantes. La agresividad es consustancial a la humanidad. La satisfacción de los fines hostiles, sus modos de expresión y la presión hacia su sublimación simplemente varían con las imposiciones sociales de las distintas épocas. Recordemos como ejemplo de esta variabilidad, la evolución de las costumbres occidentales durante los últimos siglos en lo referente a las condenas y ejecuciones públicas.

Los psicoanalistas comprobamos a diario en nuestro trabajo clínico la omnipresencia de los gustos sádicos en el psiquismo humano. En realidad, para darse cuenta de ello no es necesaria esta experiencia profesional: basta con prestar atención al tipo de historietas con que disfrutaban los niños (golpes, furias, disgustos, amenazas), o con fijarse en los temas de las películas “de acción” que hacen las delicias de los adolescentes (tanto los cronológicos como los mentales). El sadismo, desde luego, no ha desaparecido del psiquismo del hombre de Occidente, pero sus manifestaciones se han modificado mucho. En efecto, debido a un aumento en la sensibilidad social al sufrimiento y a la crueldad, ha disminuido notablemente el grado de aceptación ante las demostraciones directas de la violencia, sobre todo si nos sabemos observados y si creemos que podemos ser censurados. No obstante, la relativa intolerancia actual hacia el sadismo representa un barniz de civilización más fino de lo que nos gustaría admitir. Creemos muy alejado de nosotros, por ejemplo, el alborozo sádico de los espectáculos del circo romano, pero en nuestra Guerra Civil hubo muchedumbres de la generación de nuestros padres y abuelos que asistieron gozosas a fusilamientos y torturas. En pleno Siglo de Oro español las ejecuciones de reos eran espectáculos populares. Leamos este párrafo del historiador José Antonio Maravall (1986): “En la plaza sevillana [...] de San Francisco, se reunía un público de más de 20.000 personas para presenciar una ejecución, cuyos detalles se comentaban siempre sin misericordia alguna, antes bien con mofa o con hostilidades contra el ajusticiado”. Aquellos que disfrutaban con estos espectáculos no eran gente psicopática ni desalmada, como podemos preferir pensar: eran el pueblo sencillo con su gusto regresivo por la violencia y el horror. Robert Waelder (1967) presentó un excelente catálogo de reivindicaciones populares a la hora de exigir el derecho a disfrutar de la tortura de reos en las fiestas de pueblos y ciudades.

En el ser humano, ni la pulsión agresiva, ni sus derivados pueden ser realmente suprimidos ni abolidos, como tantas veces se ha intentado a través de instituciones, ritos y tradiciones. Cuando se ha pretendido negar su existencia el resultado ha solido ser calamitoso, porque siempre surgen transformados en psicopatología neurótica o caracterial, o en comportamientos sociales anómalos (revoluciones, persecuciones, terrorismo, etcétera), mostrándonos que el retorno de lo reprimido tiene tanta o más potencia que los impulsos originales antes de sufrir la represión. *Qui veut faire l'ange fait la bête*, apuntó Pascal.

Creemos que compete al psicoanalista denunciar la irracionalidad de aquellas normas o instituciones sociales que generan neurosis o trastornos de la conducta, por populares que sean. El ser humano no será nunca un ángel desprovisto de agresividad, pero —y éste es un importante “pero”— ésta puede transmutarse y canalizarse hacia comportamientos relativamente inocuos y hasta productivos. Quizás debiéramos estar los psicoanalistas en posición de participar, con nuestros conocimientos especiales sobre los elementos que determinan la conducta humana, en aquellas decisiones de política interior y exterior en que los factores inconscientes juegan un papel prominente. Podríamos contribuir a señalar, por ejemplo, posibilidades de neutralización, desplazamiento o sublimación de hábitos humanos problemáticos enraizados en necesidades pulsionales (ese “progresivo desplazamiento de los fines instintivos” de que hablara Freud en 1933). Pero, por otra parte, hemos de cuestionarnos qué fuerza puede tener contra el poder de los prejuicios, de las arengas políticas y de las ideologías que mueven a millones de personas, la débil voz del psicoanálisis, que recomienda cursos provechosos pero no fáciles, y que pone el dedo sobre realidades intrapsíquicas poco gratas. Es muy posible que tenga escaso peso significativo. Siempre podemos consolarnos pensando que quizás Freud (1927) no fuese descaminado cuando dijo: “La voz del intelecto es apagada, pero no descansa hasta haber logrado hacerse oír y siempre termina por conseguirlo. Es éste uno de los pocos puntos en los cuales podemos ser optimistas en cuanto al porvenir de la Humanidad”.

Clases y líderes

Muchas personas han tolerado gran opresión y miseria en siglos pasados en Europa por considerar el sistema de clases consustancial con el orden natural o divino. Sólo se rebelaron contra este supuesto orden cuando peligró su supervivencia misma, como ocurrió en las revueltas campesinas del siglo diecisiete. Salvo en estos casos de “motines alimenticios” (Ardit, 1977), los europeos (no digamos nada de los africanos o los asiáticos) a lo largo de la historia hemos soportado dócilmente la explotación inherente a enormes diferencias de clases sociales. Waelder (1949) señaló: “En la era feudal existía poca envidia del rico. El odio de clases comenzó precisamente con la disminución de la distancia en las clases sociales”. Es decir, lo que dio origen al odio

de clases fue la percepción de que las diferencias eran evitables y los privilegios arbitrarios.

El derrumbamiento de la fe en el sistema aristocrático, la decepción de los súbditos respecto a la superioridad de los líderes, precipitó la violencia social. Los seres humanos estamos dispuestos a muchos sacrificios si obtenemos con ellos en nuestra fantasía el agradecimiento y el amor de nuestros superiores, a veces de jefes que no hemos visto nunca o de entidades abstractas, como la nación, con los que, inconscientemente, mantenemos una relación paterno o materno-filial. Si dejamos de percibir a estas figuras como superiores, y más aún si las consideramos injustas, se vuelven inapropiadas para la recreación inconsciente de esta relación infantil, se deshace la regresión, les retiramos nuestra devoción y nos negamos a darles nada, puesto que su amor ya no es valioso. Es más, la frustración severa de los anhelos infantiles suele generar una rabia narcisista que muchas veces exige sangre.

En los estados regresivos, a la masa le importa menos *qué* se le dice que *quién* se lo dice o, más correctamente, a quién representa inconscientemente la figura investida como líder. Es bien sabido que sobre el niño (y lo que de infantil sigue teniendo nuestra mente) ejerce mayor influencia la “música” emocional de las palabras que la lógica de su “letra”. Por esto, al despertar las facultades críticas en la masa regresiva, la buena inteligibilidad de los mensajes puede menoscabar, paradójicamente, el impacto afectivo de las palabras del líder. Si los mensajes son abstractos o están poco claros el hombre-masa puede proyectar mejor sobre la figura del líder sus fantasmas parentales (Paniagua, 1997). En la memoria de todos los que tenemos cierta edad está el superior impacto emocional de la misa en latín, con el sacerdote de espaldas al pueblo, con respecto a la más comprensible misa en lengua vernácula y con el oficiante de frente.

En su ensayo sobre *Psicología de las masas*, Freud expuso cómo los lazos afectivos que posibilitan la cohesión de éstas y su relación con los líderes resultan del desarrollo y desplazamiento de los vínculos filiales de la niñez. A lo largo de nuestras vidas todos los seres humanos seguimos anhelando, conscientemente o no, la autoridad protectora paterna y el amor materno. Según Freud, la psicodinámica del fenómeno de masas consistiría en la sustitución por parte del hombre masificado de su ideal del Yo por la imagen del líder. Kohut (1971) diría que se trataba de una regresión al estadio en el que el niño pensaba, “Mi padre es un dios, pero yo soy parte de él”. Aquellos individuos de la masa que no encuentran en la persona del jefe una encarnación suficientemente buena del padre se sienten arrastrados, no obstante, por una identificación de tipo fraternal con los otros componentes de la horda. Se trata de un fenómeno de sugestión.

Sugestión

La comprensión de los fenómenos sugestivos resulta crucial para la explicación del comportamiento de las masas. Por regla general, el ser humano no es consciente de

la magnitud de su sugestionabilidad, y suele ignorar hasta qué grado puede vivir con contradicciones. Esto es así porque nos resulta inadmisiblemente reconocer, en términos de autoestima, nuestra necesidad de eliminar el sentido realista (“trágico” lo llamó Unamuno, 1913) de nuestra existencia. La evaluación objetiva de nuestras limitaciones crea ansiedad, y a lo largo de toda la vida no cesamos de querer liberarnos de la tensión y la incertidumbre que esto produce. Nos sentimos incómodos en el relativismo y en la indeterminación. Tenemos sed de absolutos. La mente humana está constantemente defendiéndose de ambivalencias que causan zozobra, siempre intentando soterrar en el Inconsciente los conflictos que generan ansiedad y, por tanto, se halla permanentemente predispuesta al autoengaño. Sandor Ferenczi (1922), discípulo dilecto de Freud, llegó a escribir: “La psicología grupal nos ofrece [...] un paralelo filogenético a la ontogenia de la susceptibilidad a la hipnosis”.

El autoengaño puede encontrar un apoyo eficaz en el sugestivo eco de la masa. El filósofo David Hume decía que no hay nada que deba hacernos sospechar más que nos hallamos ante una creencia falsa que el que sea aplaudida por la multitud. “Las multitudes no han conocido jamás la sed de la verdad. Piden ilusiones”, señaló Freud (1921). En efecto, las multitudes no funcionan como agrupación de adultos. El estado de regresión que la masa humana proporciona permite a sus individuos recuperar momentáneamente los sentimientos infantiles de omnipotencia y posesión total de la verdad y, en ocasiones, satisfacer de paso algunos apetitos reprimidos —en especial los de naturaleza agresiva— sin los indeseados sentimientos de culpa. Por eso resultan atractivas para la mayoría, tanto las visiones idealizadas de la realidad como las demoníacas, es decir, las ideologías basadas en moralismos simples. Las voces que tildan de depravado (o satánico) al adversario siempre encontrarán gran resonancia en la masa, como también la encontrarán las arengas patrióteras, los gritos de *My country right or wrong!* y las apelaciones a la sagrada inviolabilidad del honor nacional. Éste ha parecido justificarlo todo, incluyendo —o empezando por— la negación de la verdad, siguiendo más o menos la fórmula del conde Lozano en *Las mocedades del Cid* (Guillén de Castro): “Procure siempre acertalla / El honrado y principal; / Pero si la acierta mal, / Defendella y no enmendalla”.

El Superyó en la masa

El individuo que forma parte de la masa en una manifestación, en una revuelta, en una campaña militar, etcétera, puede llevar a cabo desmanes (saqueos, agresiones, violaciones, homicidios) que su conciencia nunca le permitiría actuando solo. La persona inmersa en una multitud enardecida se coloca en unas condiciones que le hacen posible prescindir de la represión de impulsos hostiles reprobables. ¿Qué ocurre en estas condiciones con el Superyó, la parte de la mente al cargo de las consideraciones éticas y la autocensura? Resulta que esta instancia psíquica no es estable ni impermeable a las influencias externas.

En situaciones como las propiciadas por la inclusión en una masa, el psiquismo individual sufre la consabida regresión, haciéndose otra vez dependiente de las órdenes de un líder carismático (padre omnipotente en la fantasía inconsciente) y dejándose sugestionar de manera casi hipnótica por el sentir de la mayoría. En el frenesí de la masa la autonomía del Superyó se pierde o deteriora, y sus imperativos categóricos desaparecen o se relativizan. Esto último permite, a veces, que la conciencia moral se use no para frenar, sino, por el contrario, para justificar actos violentos, que pueden llegar a convertirse en guerras santas y exterminios “eugenésicos”. Estas circunstancias hacen que la mayoría pueda sentir que lo “moral” es precisamente la erradicación de la “mala hierba”, de lo “diabólico”, de lo que obstaculiza la “ortodoxia”, etcétera. En esto consiste lo que Franz Alexander (1930), otro pionero del psicoanálisis, llamó la “corruptibilidad del Superyó”: en dejarse seducir por unas presiones o sanciones sociales que permiten o alientan la adopción de posturas “justicieras” destructivas.

Leo Rangell (1980), eminente psicoanalista estadounidense, ha descrito el “síndrome del compromiso de integridad”, en el que el conflicto principal no tiene lugar entre el Ello de los instintos y el Yo de la adaptación a la realidad, como en las neurosis, sino entre el Yo y el Superyó. Las soluciones pseudoéticas a que se llega en el “compromiso de integridad” siempre se encauzan a través de unas justificaciones racionalizadoras que relegan la auténtica moralidad a unos criterios de supervivencia o conveniencia. Se han cometido muchas más atrocidades en nombre de ideales nobles, como la fe, la justicia o el progreso, que en pos de fines abiertamente egoístas. Éstos son más difíciles de justificar a la conciencia, mientras que los ideales permiten mayor libertad para hacer “el bien”, frecuentemente proporcionando, de paso, satisfacción inconsciente a pulsiones instintivas. Recuerda uno aquí la frase atribuida a María Antonieta camino del cadalso, “¡Libertad, libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!”.

La violencia y sus justificaciones

La actuación violenta de las masas, como cualquier otra acción humana (hasta aquella basada en delirios paranoicos), siempre contiene algún núcleo de verdad y se halla siempre fundamentada en motivaciones psicológicamente comprensibles, aunque sean inconscientes. Han existido revueltas, revoluciones o guerras por motivos de supervivencia, por codicia, por cuestiones de honor, por razones de justicia, etcétera. La percepción de la indignidad e injusticia social es asunto muy relativo. Como se ha dicho, estos sentimientos (o resentimientos) no suelen producirse si las desigualdades sociales se toman como inevitables.

Un denominador común de todos los fenómenos de masas es la existencia de criterios afectivos marcados de inclusión y exclusión, esto es, de amor o aceptación poco discriminada para los que acatan las leyes del grupo y, por otra parte, de odio o into-

lerancia hacia aquéllos que no pertenecen a él. Esto es aplicable tanto a nacionalismos y religiones como a las pandillas de barrio o a los seguidores de un equipo de fútbol. El comportamiento de estos grupos humanos ha llevado a Erikson (1966) a hablar de “pseudoespecies”. Dicha característica debe comprenderse desde la perspectiva de la regresión narcisista al estadio de desarrollo mental denominado ‘preambivalente’, en el que el niño percibe a las personas de su alrededor como totalmente buenas o malas. En el ser humano persiste siempre, en mayor o menor grado, el potencial de un retorno al estadio psicológico en que las relaciones se vivenciaban como ideales o, por el contrario, persecutorias (Klein, 1946). El individuo masificado extirpa lo malo de su líder, de su grupo —y de sí mismo—, y se lo implanta (por proyección) al enemigo. Además, se apropia (por introyección) de los atributos buenos que los rivales puedan tener. Es en estas circunstancias cuando el Superyó puede encontrar no sólo aceptable, sino imperativa, la eliminación de los oponentes, depositarios de todo lo abominado.

Así es como se consigue justificar los actos de terrorismo y las acciones de guerra, y cómo se refuerzan a la vez los sentimientos nacionalistas de pertenencia. Después de las orgías de violencia patrioter a suele sobrevenir la pesadumbre por el bárbaro comportamiento con los semejantes. Leamos el siguiente patético lamento galdosiano (1870):

“¡Oh!, si en el santo polvo a que se reduce la carne y los huesos de tantos hombres arrastrados a la muerte por el fanatismo y los rencores políticos quedase un resto de vida, ¡cuántas íntimas reconciliaciones, [...] cuántos perdones no calentarían el seno helado de la honda fosa [...] ¡cuántos seres habrá que en la desolación de la impenitencia [...] maldecirán la mano corporal con que hirieron el uno al hijo, el otro al hermano!”.

Legitimación del salvajismo

Al despertar de los estados de furia multitudinaria, el Superyó individual censurará el comportamiento salvaje. Para aliviar el remordimiento, el Yo suele reavivar entonces la justificación de que, después de todo, la persona o grupo victimizados merecían el castigo. Puede argumentarse incluso que la destrucción fue buena, porque ¿no conviene acaso extirpar el mal de raíz?, ¿no hay que luchar infatigablemente contra los enemigos de nuestros “ideales”?, ¿quiénes sino los débiles titubearían en aplastar “lo pernicioso”?, ¿no habría incluso que gozar con la aniquilación del (supuesto) mal?

Así pues, las masas pueden comportarse de un modo bárbaro en aras de lo que llamamos ideales. Sin duda, muchos más musulmanes fueron masacrados en nuestra península al grito de “¡Santiago y cierra España!” que por franca rapacidad o sadismo. El salvajismo simplemente se racionaliza por medio de ideas religiosas o políti-

cas, o de unos principios de justicia, honor, igualdad o libertad. Hasta pueden existir agresiones en nombre de la paz, como en las guerras libradas “para acabar con todas las guerras”. Para contrarrestar los remordimientos inherentes a los actos de barbarie suele recurrirse al señalamiento de provocaciones, reales o supuestas. Se aduce frecuentemente motivos de estado, como la protección de los intereses del grupo de pertenencia o la prevención de males mayores, a través de la acción violenta.

Ciertos registros perversos del funcionamiento mental pueden también alentar el deseo de infundir terror en la población enemiga con fines “ejemplarizantes”. Ya en la *Anábasis* de Jenofonte se menciona la práctica de ¡mutilar a los muertos! con este objetivo. Nos hallamos de nuevo ante el fenómeno de la corruptibilidad del Superyó que pretende, y a menudo logra, legitimar el salvajismo. Se argumenta incluso que el conflicto en que sumen a la conciencia nuestras agresiones debe verse como un sacrificio que hemos de soportar valientemente si sirven éstas para asegurar un futuro mejor (Paniagua, 2004). Cuando esta línea de justificación defensiva de masacres y barbarie no resulta suficientemente eficaz, se puede recurrir a un mecanismo psicológico de defensa más primitivo y expeditivo: la *represión*. Por medio de ésta se sumerge en lo inconsciente aquello que resulta intolerable a los ideales y a la conciencia moral. Un ejemplo es el de aquellos españoles que hace algunos años expresaban asombro de que hubiesen podido darse en la Europa del siglo veinte guerras civiles como la que dividió y asoló Yugoslavia, olvidándose momentáneamente de la que en los años treinta tuvo lugar en el propio suelo.

Irracionalidad de las ideologías

Los anhelos y contradicciones del ser humano, en nuestra era de *mass media*, suelen expresarse por medio de las ideologías culturales, religiosas y políticas. Estas ideologías representan, como ha descrito el psicoanalista peruano Max Hernández (1988), “los restos del naufragio en los arrecifes del pensamiento científico de los sistemas mágico-religiosos de legitimación y explicación del mundo”. Sería erróneo creer que el pensamiento científico, por su éxito manifiesto en nuestro mundo tecnológico, ha ganado la batalla a los sistemas mágico-religiosos. Pensemos, por ejemplo, en el sorprendente predicamento de las sectas y los diversos movimientos fundamentalistas de toda índole en las naciones más avanzadas de Occidente, supuestamente tan alejadas del Tercer Mundo. Recordemos que el pensamiento científico es muy reciente comparado con el pensamiento mágico por el que se ha regido el ser humano durante casi dos millones de años (cf. Fernández Soriano, 1991).

Naturalmente, no todas las ideologías poseen el mismo grado de utilidad potencial ni la misma calidad ética; pero, hoy por hoy, parece imprescindible que si aspiran a ser populares han de contener ciertos elementos de engaño demagógico, esto es, de halago intencionado a la vanidad de la multitud o de fomento de esperanzas difícil-

mente realizables, como es el caso de tantas promesas electorales. Al igual que los niños exigen que se les cuente una y otra vez el mismo cuento, deseamos escuchar repetidamente aquello que parece justificar nuestras fantasías.

Las ideologías constituyen, por lo general, un intento de organizar atractivamente el conocimiento sobre los hechos sociales de un modo suficientemente simplista como para que hablen al niño que todos llevamos dentro. En realidad, se encargan tanto de impartir ese conocimiento, como de ocultarlo; tanto de informar, como de desinformar (cf. Grinberg, 1989). Todas nuestras convicciones personales podrán hallar siempre un esquema ideológico que las sustente. Todas nuestras conductas serán susceptibles de “explicación” por medio de algún marco externo, y recurriremos a ese marco, por lo general, de modo inversamente proporcional al grado de madurez de nuestro carácter. Otra manera de expresar esto es que, cuanto más sólidamente esté constituida nuestra identidad adulta, más protegidos estaremos ante el influjo irracional de las ideologías.

El arraigo de los extremismos ideológicos no se da en todas las sociedades por igual y, naturalmente, no todos nos adherimos a tesis burdas propugnadas por las instituciones. Sin embargo, por otra parte, es muy habitual escuchar opiniones apasionadas de personas que no tienen influencia alguna, directa o indirecta, sobre las decisiones que discuten. ¿Por qué empleamos tanto tiempo y esfuerzo en polémicas estériles? Porque solemos estar defendiendo de forma desplazada y generalmente inconsciente posturas personales enraizadas en nuestra propia biografía. Se trata a menudo de maniobras compensatorias de sentimientos dolorosos de impotencia o escasa valía. A veces, el refrán “dime de que presumes...” podría trocarse en un “dime cuánto opinas y te diré cuán insignificante te sientes”.

Engaños y contradicciones

Dice un aforismo americano que las acciones violentas siempre tienen dos razones: *The good reason and the real reason*. En algunas de estas acciones, ciertamente, no se distinguen bien los motivos reales de las “buenas razones” argumentadas por sus promotores (lo que en psicoanálisis llamamos las *racionalizaciones*), pero en otras sí resulta claro que las explicaciones están insuficientemente fundamentadas, revelándose como lo que son: intentos fallidos por engañar y acallar la conciencia nacional o social, a pesar del ropaje político de que puedan ir envueltos. Las opiniones que reflejan de manera objetiva la realidad de las hostilidades entre grupos suelen ser complejas, conflictivas y amenazantes para el Superyó. Por esto es comprensible que, internamente, preferamos que los dirigentes tomen sobre sí la responsabilidad de darnos una versión más simplista y digerible de dichas verdades.

Inconscientemente queremos ser engañados. No deseamos tener libertad de criterio, a pesar de que, por lo común, afirmemos lo contrario. Queremos “escapar” de esta

libertad, que dijera Erich Fromm (1941). Nuestro sustrato de mentalidad infantil tiene, en palabras de Freud (1921), “una inagotable sed de sometimiento”. Anhelamos poder regresar en momentos de angustia a ese refugio inconsciente proporcionado por la horda sometida al líder, de la que, filogenéticamente, dependió nuestra supervivencia. Por tanto, generalmente, no deseamos entender demasiado. En nuestro fuero profundo, aspiramos a obedecer a una autoridad omnisciente que nos proteja, que justifique o aliente nuestros propios impulsos violentos, que refuerce nuestros autoengaños y que nos exonere de culpas. Nos hallamos impelidos a sucumbir al influjo de la sugestión, aunque luego nos rebelamos contra ella. Nos sublevamos contra su influencia, a veces con fiereza, precisamente porque sentimos o presentimos su magnetismo. Es relativamente frecuente que algunos ciudadanos renieguen de forma abierta de unas ideas políticas por su radicalismo, para acabar abrazando otras de signo opuesto, pero igualmente extremas.

El psicoanalista conoce la variedad sin fin de contradicciones con que puede vivir el ser humano. Las mezclas de racionalidad con pensamiento mágico resultan a veces inocuas. Otras veces pueden ser adaptativas, como es el caso de ciertas creencias religiosas. Pero también hay contradicciones perniciosas. Entre estas últimas una particularmente maligna que parece haber cobrado vigor progresivo en las últimas décadas es la inherente a los movimientos juveniles que tienen como bandera el odio destructivo hacia todo tipo de autoridad y normas establecidas, sean éstas razonables o no. Se trata de una forma extrema y patológica de la rebeldía propia de la adolescencia. La contradicción de dicha violencia virulenta reside en su unilateralidad, porque estos jóvenes nihilistas y anárquicos aspiran a ser respetados y protegidos por el *establishment* al que intentan destruir. En palabras del psicoanalista norteamericano Vann Spruiell (1988), “querrían asesinar a sus padres, pero que éstos siguieran manteniéndolos”.

Otra idea contradictoria bastante característica de este último medio siglo ha sido la de que las guerras son tan inevitables como las catástrofes naturales, pero a la vez podrían ser evitadas si los países adquiriesen suficiente armamento disuasorio. Si *vis pacem para bellum!*, nos habría recordado San Agustín. El psicoanalista holandés Antonie Ladan (1989) ha señalado que estas ideas paradójicas revelan nuestra necesidad de alcanzar una falsa sensación de certeza que nos distraiga de significados pulsionales personales, esto es, que difumine nuestro sentir profundo, individual e inconsciente respecto a la violencia y destrucción masivas.

Crueldad y violencia

Freud (1905) escribió: “La crueldad es algo que forma parte del carácter infantil, dado que aún no se ha formado en él el obstáculo que detiene al instinto [...] ante el dolor de los demás; esto es, la capacidad de compadecer”. Los niños, ciertamente,

pueden disfrutar con la conducta cruel. En la segunda parte de *El Quijote* se relata cómo una muchedumbre está expectante ante el combate del héroe de la triste figura con el caballero Tosilos. Éste rehúsa luchar y:

“Aclamaron todos la victoria de Don Quijote, y los más quedaron tristes y melancólicos, de ver que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los muchachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado [...] la justicia”.

Vemos que, en su tiempo, Cervantes (1615) no tuvo reparo en exponer abiertamente el sadismo de la niñez. La superación de las tendencias sádicas infantiles no se consigue hasta que se instauran formaciones reactivas que contrarrestan los impulsos originales. Pero, lamentablemente, este mecanismo defensivo resulta bastante reversible, tanto en el niño como en el adulto. En efecto, las crónicas de la historia se hallan triste y pavorosamente repletas de ejemplos de crueldad. La historia del sadismo siempre deja perplejos a los que prefieren atender sólo a los admirables logros éticos y estéticos del ser humano, pero lo cierto es que, como escribiera Sófocles hace veinticinco siglos, en *Antígona*, “Con su capacidad de inventar artes / Ingeniosa más de lo imaginable, el hombre / Unas veces al bien, otras al mal se dirige”.

La motivación que más facilita la manifestación del sadismo en las masas es el odio, en especial aquel que parece justificado por su carácter de venganza. Una vez prendido el detonante de la violencia, el comportamiento explosivo de la muchedumbre suele ser bastante predecible e independiente del grado de legitimidad de la causa que dio origen a esta reacción. La conducta violenta de la masa parece tener siempre, en todos los tiempos y todos los lugares, dos denominadores comunes: 1) la escisión extrema de imágenes mentales en buenas y malas, y 2) la regresión al salvajismo (Paniagua, 1991).

La agresión desaforada se lleva a cabo si no media una autoridad enérgica. Existen innumerables ejemplos de los terribles resultados finales del descontrol agresivo de la muchedumbre. Realmente, es raro hallar casos de revueltas o enfrentamientos bélicos a lo largo de la historia en los que no se haya producido algún linchamiento. La regresión suele ser orgiástica y, como tal, no admite frenos. El psicoanalista noruego Sverre Varvin (2003), basado en sus estudios de campo con víctimas y perpetradores de masacres, ha hecho la interesante observación de que “el mero acto de matar alienta atrocidades futuras, porque la víctima acaba representando un aspecto acusador de sí mismo del que el homicida quiere desembarazarse”. Añádasele a esto la peligrosa animadversión que en la masa suelen suscitar aquéllos que intentan mantener la sensatez e integridad. Estas personas, con su conducta autónoma, hacen que surjan en la consciencia sentimientos de vergüenza y culpa que la masa enardecida está intentando reprimir.

Odio al semejante

Los motivos explícitos que llevan a odiar a un individuo, a una minoría o a una nacionalidad entera pueden variar mucho. El enemigo puede actuar de depositario de las representaciones negativas que tenemos sobre nosotros mismos, —ponemos fuera lo que odiamos dentro—, condensadas con los propios impulsos agresivos. En esta situación, como escribió Volkan (1987), “parece lógico que el mejor depósito para fenómenos propios sea el proporcionado por gente que se parezca a nosotros o que de algún modo nos resulte familiar”. Una gran semejanza hace difícil el encaje proyectivo de nuestras vivencias comparativas. De aquí que sean las comunidades vecinas las que peor se lleven. A este fenómeno puso Freud (1918) el nombre de “narcisismo de las pequeñas diferencias”.

El tipo de sugestión fomentado por los fenómenos de masa, en los que subyace un sentimiento inconsciente de terror, posibilita la regresión a un estado de escisión extrema de las representaciones mentales. Sobre la persona, la minoría, la nación, etcétera, percibidas como absolutamente malas se vierte todo el odio y hostilidad, atribuyéndoseles además, proyectivamente, la propia agresividad censurable. El Superyó individual, anulado temporalmente por la regresión, tolera entonces dichas manifestaciones de destructividad primitiva (de “agresión no neutralizada” decimos los psicoanalistas). El ser humano no tiene los rituales inhibidores de la agresividad intraespecífica que caracterizan a otros mamíferos (Lorenz, 1963). Así, los impulsos brutales pueden no sólo aflorar a la consciencia, sino materializarse en actos. Éstos han alcanzado a veces proporciones apocalípticas, como en el caso de la campaña de exterminios perpetrada por los nazis alemanes en la Segunda Guerra Mundial; como en las matanzas de los Khmer Rouge camboyanos; o como en las masacres de tutsis a manos de los hutus ruandeses, por citar ejemplos relativamente recientes de tres razas distintas. No obstante, y salvando las distancias, a todos nos consta que no hace falta irse allende las fronteras para recordar episodios de barbarie no muy lejanos en el tiempo, en los que la ferocidad cobarde se vivió como valentía.

Utilizaremos ahora un ejemplo distante de nuestra Historia, aunque no menos ilustrativo: el de las reacciones colectivas de odio y violencia de la rebelión de Fuente Ovejuna en 1476, dramatizada siglo y medio más tarde por Lope de Vega. Las crónicas de la época dicen que el pueblo, “Después de golpear inmisericordes al Comendador, lo defenestraron y en la calle lo recibieron con lanzas, le arrancaron las barbas y cabellos, le quebraron los dientes y, finalmente, lo despedazaron”. El asesinato multitudinario del o los “malvados” (reales o propiciatorios) y su mutilación y arrastre por las calles ha sido frecuente en la historia antigua y moderna, y representa la consecuencia última natural de la ira de las masas. El caso de la revuelta de Fuente Ovejuna resultó especialmente interesante por su espontaneidad y porque tuvo como protagonistas a gente que distaba mucho de la criminalidad. Se trataba de ganaderos y agricultores sencillos que, sintiéndose agraviados, decidieron matar al que perci-

bían como causante de sus males; si bien hay que añadir que, de paso, asesinaron a catorce de sus acompañantes. ¿Cómo explicarnos la saña de esta gente llana? ¿Por qué descuartizar el cadáver del Comendador? ¿Por qué no bastó sólo su muerte?

La escisión de las imágenes internas es un fenómeno psicológico cuya comprensión resulta esencial para la explicación del comportamiento violento de la masa. Se refiere a la obliteración de las consideraciones objetivas acerca de la personalidad de otros individuos y a la disociación que se establece entonces entre las representaciones buenas y malas. Como consecuencia, desaparece la capacidad normal de evaluar de forma más realista —y, por tanto, ambivalente— a otras personas. Volviendo al drama *Fuente Ovejuna*, citaremos a modo de ejemplo unos versos en que se relata cómo está preparándose a la gente para acabar con el Comendador: “Juntad el pueblo a una voz, / Que todos están conformes / En que los tiranos mueran. / Tomad espadas, lanzones, / Ballestas, chuzos y palos. / ¡Los reyes, nuestros señores, / Vivan! ¡Vivan muchos años! / ¡Mueran tiranos traidores!”. Típicamente, se invoca a una autoridad que se supone totalmente buena frente a otra que se percibe como totalmente mala. En este caso, la invocación de los reyes se pone al servicio de un Superyó justiciero y terrible. Tanto la idealización como la demonización no reflejan, claro está, la realidad objetiva. Son dos caras de la misma moneda de la regresión. Estos tipos de amor y de odio tienen mucho de irracional, lo que equivale a decir que están basados en experiencias y expectativas de origen infantil.

La trampa de la infancia

Aunque los seres humanos actuemos aparentemente como adultos, podemos estar sintiendo, en lo inconsciente, como niños. A este universal fenómeno podría denominarse “la trampa de la infancia”. Generalmente, los niños sienten que el progenitor del mismo sexo, con menos “méritos” que los suyos, detenta unos privilegios que a él le están prohibidos y un poder que querría para él. Se considera la subsiguiente rivalidad parte de una fase normal del desarrollo psicológico infantil. Pero esta fase puede no solucionarse bien si el comportamiento del padre es tan negligente o brutal que parece justificar el odio edípico del hijo. Éste quedará atrapado en una “trampa de la infancia” que, a lo largo de toda su vida, intentará resolver inconscientemente de forma desplazada y probablemente patológica.

Recurramos a un ejemplo biográfico. Max, el mayor de cinco hermanos, perdió a su madre a los nueve años como consecuencia del nacimiento del más pequeño. Su padre les abandonó poco después, quedando los niños al cargo de tías y abuelo. Durante su juventud Max escribió un loable trabajo que mereció un premio: *¿Deben los crímenes de los padres perjudicar a sus hijos?* Es psicológicamente congruente que este joven desarrollase anhelos de defender la causa del débil frente al poderoso y que

sintiese gran rechazo hacia las figuras de autoridad. Max se hizo, en efecto, un ferviente defensor del oprimido, un adalid de la justicia social. Sus experiencias infantiles le habían sensibilizado a un intenso miedo de que la debilidad supusiera la victimización. Con toda probabilidad externalizó inadvertidamente su rebeldía contra el infortunio y transformó su odio hacia un padre despiadado en un enorme interés por los conflictos sociales. Lo que sus conciudadanos vieron en Max fue el comportamiento de un idealista, enemigo de los abusos del opresor. Max se convirtió en un David enfrentado al Goliat del Estado. Sus virtudes le valieron el sobrenombre de *El incorruptible*, y fue elegido diputado por su ciudad, defendiendo, entre otras reformas sociales, la abolición de la pena de muerte.

Pero según fue escalando peldaños políticos, creció su preocupación por lograr lo que consideraba una sociedad justa y sana, y esto le llevó a imponer ciertas reformas. Max decidió “obligar” a los hombres a ser libres y estimó que para ello era necesario eliminar a los opresores del pueblo. Acusó a los políticos moderados de “prevaricadores” y a los indulgentes de “corruptos”. Las medidas excepcionales que instauró Robespierre, que éste era el apellido de “Max”, arrancaron la vida a unos cuarenta mil “sospechosos” en un año. Para salvar a Francia, este hombre, considerado virtuoso, implantó el reinado del Terror y popularizó el concepto de “terrorismo de Estado”. En 1794, declaró, “el Terror no es sino una justicia sumaria; una emanación de la virtud [...] una consecuencia del principio general del gobierno del pueblo aplicado a las necesidades más urgentes de nuestra nación”. Los ciudadanos franceses sólo se vieron liberados de los “beneficios” proporcionados por el idealismo de Robespierre cuando fue apresado y, después de un fallido intento de suicidio, guillotinado.

Seguramente, muy pocos franceses de la época pudieron descubrir, bajo esta imponente figura, al huérfano aterrado, al Max rabioso que había sido abandonado por su padre. Parafraseando al *Incorruptible*, los crímenes de los padres no deberían perjudicar a sus hijos, pero el hecho es que los “crímenes” de los padres de Robespierre, actuando desde el inconsciente del tirano, contribuyeron de modo definitivo a enviar a muchos ciudadanos franceses a la desesperación y la muerte. Este gran déspota jacobino se consideró a sí mismo un mártir. En una alocución parlamentaria, clamó: “Marcaremos el camino a la inmortalidad con nuestra propia sangre. ¡Oh, sublime pueblo! ¡Recibid el sacrificio de toda mi existencia! ¡Feliz es quien puede morir por vuestra felicidad!” (1793, cit. en Twemlow y Sacco, 2002). La palabra “martirio” proviene del griego *martys*: testigo, y ¿qué mejor testimonio de la fe en unas ideas que estar dispuesto a morir por ellas? Lo que con toda probabilidad no supo Robespierre es que su terrible sadomasoquismo tenía las raíces en su niñez. El idealismo grandioso tras el que se esconde el odio es una conocida defensa ante intolerables sentimientos de debilidad y pequeñez.

La psicobiografía de Robespierre que hemos resumido parece representar un ejemplo dramático del “retorno de lo reprimido”. Hay estudios que muestran que la mayoría de los terroristas son individuos con infancias profundamente traumáticas (Dicks,

1972; Volkan, 1997), pero, claro está, no todos los hombres con una niñez traumática tienen trayectorias vitales tan horribles como la del político francés. Existen muchos otros factores psicológicos y sociales que influyen sobre el resultado biográfico final. Además, algunas sublevaciones promovidas por terroristas pueden acabar teniendo consecuencias sociales duraderas y beneficiosas, como fue el caso del surgimiento del gobierno del pueblo contra los regímenes feudales tras la Revolución Francesa, que inspiró a toda Europa. No obstante, quizás haya que recordar que el mérito mayor en estas empresas siempre corresponde al pueblo anónimo, trabajador y creador de riqueza, cuyo esfuerzo suele ser aprovechado por líderes con escasos escrúpulos.

Seguramente, las garantías constitucionales de las democracias occidentales con un sistema de oposición política eficaz han pesado mucho más a la hora de frustrar “trampas de la infancia” de Robespierres potenciales que las restricciones morales dentro de su idealismo. Por otra parte, hemos de recordar que hace ya tiempo que abrimos los ojos al hecho de que en situaciones sociales regresivas no son sólo las personas con psicopatología severa las capaces de secundar las actuaciones violentas de esos líderes narcisistas, paranoides y sociópatas a quienes Harold P. Blum (1995) describió como “flautistas de Hamelín destructores”. Sírvanos esta consideración para hablar del problema general del terrorismo.

El caso del terrorismo

Las ideologías fundamentalistas del color político o religioso que sean, dividen al mundo en oprimidos y opresores, el reino de lo ideal y de la maldad. Los primeros han de alzarse con una victoria que les proporcionará redención, felicidad y éxito moral sobre los segundos. Supuestamente, todo conflicto desaparecería. Típicamente, este simplista posicionamiento proyecta toda la maldad y agresión en el opresor (real o supuesto) que ostenta un poder que no merece, justificando esto cualquier ataque contra él.

La instancia psíquica autocensora que los psicoanalistas llamamos Superyó es resultado de la internalización de normas y prohibiciones de los padres. El Superyó no suele instaurarse de manera inalterable y sigue comunicándose con las figuras de autoridad hacia las que se transfieren los sentimientos originales de obediencia con el fin de conseguir protección y amor. Esta plasticidad permite que la aparición de un líder carismático en la vida de las personas resulte en que dicha instancia psíquica pueda, por así decir, licuarse, volviendo el individuo a un estado de máxima dependencia emocional de una autoridad externa (cf. Waelder, 1967). Naturalmente, esta “licuación” del Superyó no se da por igual en todas las personas. En casos extremos puede llevar a que jóvenes inspirados en causas “idealistas” y adoctrinados por figuras investidas de ascendencia omnimoda estén dispuestos a convertirse en bombas humanas.

Para alentar una empresa guerrera o fomentar movimientos terroristas es necesario que las figuras investidas de autoridad evoquen sentimientos paranoides que prendan en los elementos infantiles que quedan en nuestra mente, con los mensajes: (1) somos especialmente valiosos; (2) tenemos un enemigo; (3) si no fuese por las injustas limitaciones impuestas por el opresor alcanzaríamos la grandeza; (4) hemos de mostrar cohesión incuestionable para liberarnos de su yugo. Adicionalmente, es necesario recurrir a la deshumanización del enemigo con el fin de defenderse psicológicamente de la empatía y el remordimiento (Akhtar, 2003).

Por su claridad y contundencia, citaremos extensamente esta síntesis de Otto Kernberg (2003b, p. 958) sobre los fines perseguidos por los movimientos terroristas:

“El objetivo primario del terrorismo es producir horror, esto es, una sensación desorganizadora de miedo que invada al enemigo, desestabilizando la estructura social, el gobierno y el estilo de vida de éste. Aunque la finalidad última del terrorismo es la aniquilación del enemigo, este objetivo puede incluir cierta flexibilidad táctica como paso preliminar. Los grupos terroristas pueden entrar en negociaciones con el adversario, pero, por definición, estas negociaciones han de ser engañosas en tanto en cuanto el objetivo final no es la conciliación, sino la destrucción del enemigo [...] Cualquier tipo de compromiso amenazaría la pureza de la utopía del terrorista y la supervivencia misma de la ideología fundamentalista”.

Personalidad del terrorista

Kernberg, ex Presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional y colaborador en la Comisión Antiterrorismo de las Naciones Unidas, concluyó, tras sus estudios sobre la “violencia sancionada” (2003a y b), que el liderazgo de grupos extremistas y terroristas es generalmente asumido por individuos que han padecido una niñez de doloroso rechazo, identificándose subsiguientemente con aquellos que fueron oprimidos o humillados como justificación de sus deseos de reparación y venganza. Su conversión al terrorismo les confiere, a veces por primera vez en sus vidas, sensación de misión y poder. La hermandad con otros conspiradores proporciona aliento a su temeridad y refuerzo a su crueldad (venciendo así la reprobación contra los tabúes más elementales). El autosacrificio heroico y “altruista” en la aniquilación del enemigo es una fuente de triunfo moral. En su perversa ética, el terrorista llega a mantener que “cualquier actividad que apoye el triunfo de la revolución es moral. Lo inmoral y criminal es todo aquello que lo obstaculiza”, como escribiera Sergei Nechayev (1869) en su famoso *Catecismo del revolucionario*.

Es importante tener en cuenta que la patología caracterial del terrorista no suele implicar psicosis ni defecto intelectual. Entrevistas llevadas a cabo con terroristas

muestran que, por el contrario, muchos de los que sacrifican sus vidas por esta causa son individuos de inteligencia notable y con suficiente contacto con la realidad como para llevar a cabo actos con gran deliberación (Post en Hough, 2004). La idea del “fanático descerebrado” o del “asesino loco” suele ser errónea (Hoffman, 1998). Esta popular noción pretende alejarnos, psicológicamente, de cualquier semejanza entre sus actos criminales y aquellas temibles fantasías agresivas que nosotros hemos tenido que reprimir.

Aunque no sean conscientes de ello, para lograr los objetivos del terror, los primeros aterrorizados han de ser los propios terroristas. Si bien casi nunca son gente psicótica, suelen tener endeble autoestima. Ésta puede ser fortalecida por la magnitud del horror causado a las víctimas. Los integrantes de grupos terroristas varían en el espectro de su personalidad. Pueden ser seguidores que obtienen sensación de importancia personal o de masculinidad a través de la pertenencia a un grupo temido por la mayoría de la población. Pueden ser fanáticos con pretensiones de omnipotencia. Algunos pueden ser sociópatas que esperan obtener ganancias materiales. Y, frecuentemente, son personas paranoides, con un pasado traumático y un “narcisismo maligno” (Kernberg, 1998) similar al del líder. Es muy frecuente que intenten transformar inconscientemente su sensación de victimización y envidia en una pasión sádica que “enmiende” los agravios de su niñez. Como dice el psicoanalista alemán Werner Bohleber (2003), “Lo que intenta matarse en los actos terroristas es la propia debilidad”. Se trata del conocido fenómeno de que el opresor de hoy fue el oprimido de ayer. En un acto de externalización, quien fue víctima comienza a victimizar (cf. Akhtar, 2002). Esta terrible herencia es estudiada en psicoanálisis como la “transmisión intergeneracional” de la violencia (Kestenberg, 1982).

Es común que se dé por supuesto que la formación de grupos terroristas es consecuencia de la opresión, descartando la posibilidad de que sus dirigentes se hayan guiado por el deseo de obtener poder debido a motivos neuróticos o egoístas. Indefectiblemente, estos motivos son presentados como idealistas y, típicamente, quienes perpetran actos terroristas tienen el convencimiento de estar persiguiendo fines virtuosos. Añadamos aquí que las posiciones acerca de qué resulta ético o ideal pueden ser tan discrepantes como aquellas sobre conveniencias personales. Es más, los conflictos sobre posturas morales o sobre qué constituye “el Bien” suelen ser más difíciles de conciliar, porque las partes implicadas pueden aferrarse a ellas con una “conciencia limpia”.

Parece oportuno aquí el siguiente recordatorio de Waelder (1967, p. 248):

“Una vez en el poder, los revolucionarios procuran imponer al pueblo sus creencias —que para ellos son siempre Verdades— con la misma naturalidad y, en cierto modo, ingenuidad, con que nuestras Facultades de Medicina o de Derecho exigen a los estudiantes que aprendan las doctrinas aceptadas. El resultado de esta situación es el totalitarismo”.

Con este totalitarismo se logra una capacidad enorme de influencia sobre la mentalidad de los jóvenes, a través del adoctrinamiento de los niños, que internalizarán la versión histórica promovida por la autoridad como incondicionalmente legítima. El progreso de las ideas no apoyadas por la coerción suele necesitar de varias generaciones para enraizarse, mientras que aquellas impuestas por la fuerza y el terror pueden conseguir cambios notables en sólo una generación. Seguramente, este principio sustenta la popular y horrenda máxima que afirma que “la letra con sangre entra”. Los terroristas parecen haber aprendido la lección de que no hay nada más poderoso socialmente que una combinación acertada de lealtad y temor. A menudo es difícil distinguir hasta qué punto lo primero es sólo una hoja de parra que oculta lo segundo.

Respuesta de la sociedad victimizada

Hace más de medio siglo que el filósofo y economista liberal francés Bertrand de Jouvenel (1963, pp. 230-1), en *La teoría pura de la política*, hizo la siguiente observación sobre la estrategia terrorista:

“Se requiere solamente un número reducido de adeptos dispuestos a cometer actos de violencia para colocar al [gobierno] en una situación de lo más comprometida. Si los golpes terroristas son asestados al azar, la reacción repercutirá, casi inevitablemente, sobre otros medios y afectará al inocente. Incitar a las autoridades a que causen daños a personas inocentes es un principio esencial de la estrategia terrorista. Su eficacia reside en [...] provocar reacciones de las autoridades que desagraden a la opinión pública y causen consternación en el seno del propio gobierno. El daño causado por casualidad a un inocente como consecuencia de la acción represora beneficia al culpable [...]. Los terroristas consiguen combinar los métodos de los pistoleros con los beneficios morales del martirio”.

La población, asustada, reclamará protección al gobierno. Cuando éste sea incapaz de restaurar el orden sin disgustar con sus medidas a amplios sectores de la población, incurrirá en descrédito político. La gente exige ser protegida, pero no desea ser incomodada en el proceso. El anarquista Mikhail Bakunin, tristemente célebre, expuso de manera clara que el objetivo de la “propaganda fáctica” del terrorismo no era afectar a las víctimas inmediatas, sino alcanzar a la “audiencia general” (Voegelin, 1946). Su fin último, claro está, es la conquista del poder, para lo que es necesario que el terrorismo no se presente como actividad antisocial, sino como lucha por la libertad.

Ante la atmósfera de amenaza se produce en la población fenómenos importantes de regresión psicológica. Entonces es común el recurso masivo al mecanismo de defensa conocido como “identificación con el agresor” (Anna Freud, 1936), que per-

mite a las personas aliviar su sensación de angustia y vergüenza adoptando las creencias de aquellos mismos que le humillan o le oprimen. Preferiremos sentirnos participantes activos de nuestro propio infortunio que marionetas pasivas ante la voluntad de unos matones. Comentaba el gran pensador reformista francés Alexis de Tocqueville (1840) que: “A nada está más acostumbrado el hombre que a reconocer una sabiduría superior en la persona de su opresor”. Esto no es de extrañar. Por algo hemos sido niños durante tanto tiempo.

El lavado de cerebro

La instrumentalización del pueblo por medio del terror se alcanza óptimamente utilizando alguna forma de exhortación moral que ayude a “digerir” la sensación de cobardía por la capitulación ante la coerción. La diferencia entre los terroristas y los vulgares gángsteres es que aquéllos apelan a nuestra conciencia. El usualmente llamado “lavado de cerebro” de los terroristas sobre la población consiste en la persuasión psicológica ejercida sobre ésta con la amenaza latente de unas represalias. En palabras de Waelder (1967, p. 161):

“La coerción fuerza a los ciudadanos a hacer o decir cosas que les hacen sentirse avergonzados (por ser profundamente humillantes), o culpables (por ser inmorales), produciendo de esta manera un conflicto interno entre los impulsos de autoconservación que, naturalmente, les inclinan a someterse [...] y los sentimientos de vergüenza o culpa, perdiendo con esto la paz interior”.

Esta paz interior puede recuperarse de algún modo si el individuo logra convencerse de que lo que exigen los que ostentan el poder despótico (tanto un grupo terrorista como un gobierno tiránico) es, en realidad, justo, porque entonces los sentimientos penosos tendrían poca razón de ser. La reacción de hostilidad se vuelve entonces no contra los opresores, sino contra las víctimas, con el proverbial “algo habrán hecho”. Es más, los oprimidos pueden incluso volver la agresión contra sí mismos en una especie de gigantesco síndrome de Estocolmo, porque ¿quién puede estar libre de alguna culpa pretérita que resuene con las reivindicaciones de los opresores? Inconscientemente, las rencillas, envidias, remordimientos de nuestra propia biografía encontrarán alguna forma de coherencia con las tesis de los terroristas.

Simultáneamente, la gente sabe, o acaba sabiendo, que el atractivo David es también el temible Goliat. Cuando el supuesto defensor de las víctimas se convierte en potencial verdugo, suele aparecer en la población la horrible sensación de “lo siniestro” (Freud, 1919): lo familiar, aquello con que nos habíamos identificado, aquello que contenía promesa, que parecía protector y heroico, se transforma en ominoso y terrorífico. Es entonces cuando nos preguntamos por qué nos han engañado y qué nos ha

llevado a dejarnos engañar. Y a la pregunta, “¿por qué nos odian tanto?, ¿qué hemos hecho mal?” puede encontrarse una respuesta —o pseudorespuesta— casi siempre, lo que, naturalmente, implicará un sometimiento interno a la estrategia terrorista. Trágicamente, es más fácil aceptar la culpa de haber sido, de algún modo, causante de nuestras desgracias que la vergüenza de ser humillados sin protestar.

Utilización de la regresión

Existe una serie de criterios típicos en la regresión psicológica de los grandes grupos humanos. Esta regresión se caracteriza por una pérdida de la identidad individual; reagrupamiento en torno a un líder; escisión mental marcada (bondad ideal vs. maldad extrema); proyecciones e introyecciones masivas; obsesiones narcisistas compartidas; pensamiento mágico con relativa desaparición del sentido de la realidad; incapacidad de elaborar duelos; reactivación de “glorias” míticas y “traumas” escogidos; y abolición de la confianza básica en la humanidad del prójimo (cf. Brenner, 2006). En efecto, la regresión generada por el terror se caracteriza por el desarrollo de una paranoia colectiva, con pérdida del criterio individual. Se fomentan el pensamiento mágico, los mitos nacionalistas, el narcisismo de las pequeñas diferencias y la deshumanización del adversario (Volkan, 1988). El propósito psicológico de dicha regresión es el de propiciar la cohesión comunitaria en situaciones de amenaza. Pero esta amenaza puede ser real, fabricada o delirante.

En situaciones regresivas, los gestos de benevolencia suelen ser interpretados por el grupo que se siente amenazado como síntomas de debilidad del enemigo. Así, en el caso del terrorismo, las reacciones de conciliación por parte del gobierno suelen ser malinterpretadas y utilizadas para fines destructivos. Sin embargo, paradójicamente, la represión del terrorismo también puede aumentar el número de adeptos a sus filas, como ocurrió en Argelia con el Frente de Liberación Nacional tras el intento de aplastamiento por parte del ejército francés, con torturas e interrogatorios indiscriminados. Cayeron en la trampa del principio revolucionario de acción-represión-acción. Ante el fenómeno del terrorismo, un gobierno responsable se ve obligado a mantener un difícil equilibrio entre las exigencias de una mentalidad infantil no dispuesta a compromisos y el peligro de alienar a la conciencia moral y cívica de un sector mayoritario de la población. Como dijo Waelder (1967, p. 147), “la relación entre el consenso con que un gobierno ha de contar para poder gobernar y el grado de fuerza en que se ha de apoyar, depende de la naturaleza de la coerción [...] y del clima moral que determina cuánta fuerza puede usarse”. Los excesos de las autoridades, las restricciones severas de las libertades llevan implícito el mensaje de la arbitrariedad de la Ley y siempre favorecen el juego de unos terroristas que aspiran a fomentar la inseguridad en la ciudadanía. La finalidad de los terroristas es poner a los políticos libremente elegidos en la disyuntiva de tener que ceder a sus demandas o soportar la posibilidad de

ser acusados de despotismo. La libertad tiende siempre a menoscabar la autoridad, pero ninguna comunidad civilizada puede sobrevivir sin una combinación de ambos principios.

Es obligado mencionar el papel de los medios de comunicación —politizados o no— en las sociedades libres. Estos medios pueden intensificar las regresiones paranoides emitiendo información acorde con una división mental primitiva de los grupos en “buenos” y “malos”, y actuando de portavoz y altavoz de las causas terroristas. En su afán de sensacionalismo, estos medios pueden reforzar la estrategia terrorista de difusión e influencia sobre una población de simpatizantes pasivos —también aterrizados— predispuestos a identificarse con los agresores. Benjamín Netanyahu, primer ministro de Israel, dijo: “Un acto terrorista que no se publique en los periódicos, ni salga en la televisión es como el árbol que cae en el bosque silencioso” (en Hoffman, 1998). Tomemos el ejemplo de las huelgas de hambre, que tan eficaces pueden resultar empleadas en estados democráticos. Está claro que su efectividad para la explotación de los fines del terrorismo depende del seguimiento por los *mass media*. ¿Quién ha oído de una huelga de hambre que tuviese éxito entre los prisioneros de estados comunistas o fascistas en los que no existe libertad de prensa?

Conclusiones sobre el terrorismo

El influyente psiquiatra neoyorquino Lawrence Friedman (2005) ha escrito: “Son altamente problemáticas aquellas explicaciones psicoanalíticas que implican [...] que la tolerancia respetuosa hacia las ideas fanáticas y la integración de los terroristas en una sociedad civilizada son disuasorias del terrorismo”. Es un error frecuente creer que la comprensión de la psicología profunda de estos agresores sociales supone recomendaciones que a éstos han de resultarles terapéuticas. Ningún psicoanalista competente estará a favor de la elusión de la responsabilidad personal a la hora de justificar la violencia social. Además, la historia nos enseña que el pacifismo y los gestos de apaciguamiento frecuentemente han significado dar luz verde a los más violentos. Los casos extremos de libertad irresponsable conducen a la anarquía e, irónicamente, a la pérdida de libertad, cuando no de la vida. Por ello, no debe subestimarse el papel de la fuerza al servicio de la ciudadanía general. Según la famosa fórmula del sociólogo alemán Max Weber, lo que debe caracterizar a un estado es su monopolio de violencia legítima (Bendix, 1960).

El fenómeno terrorista ha de combatirse induciendo en sus practicantes y seguidores la sensación de un realismo adulto. Ante el intento de imposición de ese pensamiento de orden binario en que no existe más que dominio omnímodo por una parte u otra, hay sólo una salida saludable: el recurso a la actuación racional, capaz de prever inteligentemente las consecuencias más probables de los comportamientos sociales. No otra cosa propone el psicoanálisis que ir en pos de un realismo adulto, exa-

minando las fijaciones inconscientes que lo impiden. Esta tarea suele causar ansiedad, pero supone una mejor solución que el refugio en ilusiones arcaicas de omnipotencia, seguridad absoluta y posesión innegable de la verdad.

Cuanto más severas las regresiones e identificaciones con el agresor, más necesario se hace el análisis desapasionado de la realidad. En palabras del psicoanalista escocés Ronald Fairbairn (1943), “cuanto más maduro sea un individuo emocionalmente, tanto menos se caracterizarán sus reacciones afectivas por la identificación”. Es importante señalar que la madurez emocional no guarda necesariamente relación a este respecto con el nivel intelectual. Quizás un buen ejemplo de ello sea la defensa filosófica que del terror estalinista hicieron importantísimos pensadores franceses (cf. Judt, 2007). Las filigranas mentales para racionalizar lo injustificable pueden resumirse en esta frase de Albert Camus: “La responsabilidad para con la historia a uno le exime de la responsabilidad hacia los seres humanos”. En efecto, la idealización de la “virtud” dentro de la violencia terrorista se ve, no rara vez, reforzada por la actitud de esos representantes del Superyó que son los admirados intelectuales y algunas autoridades civiles y eclesiásticas.

Lord Alderdice (2002) ha señalado acertadamente que el terrorismo, al contrario que otros “ismos”, como el liberalismo, el comunismo, el nacionalismo o el socialismo, no constituye un sistema de creencias, sino una táctica utilizable por movimientos políticos de cualquier color que opten por el recurso premeditado de la violencia para generar un clima de pavor en la población civil. Cuando, como consecuencia, el “trasfondo de seguridad” (Sandler, 1960) o la “confianza básica” (Erikson, 1963) se ven seriamente comprometidos, la regresión a situaciones de primitivismo psicológico es automática.

Seguramente no haya mejor método a la larga para deshacer la belicosidad terrorista que, sin caer en la condescendencia, promover la empatía, i.e. la humanización del otro y la propia. La relación dual terroristas-víctimas debe ser transformada en una relación madura a tres. El modelo a dos es primitivo, evocador de las primeras relaciones entre niño y madre, y potencialmente psicotizante por la carencia de límites que implica. Para alcanzar un equilibrio psíquico razonable es necesario que el niño incorpore a su relación con la madre la figura de un tercero representante de una ley que suponga la existencia de límites, lo que en psicoanálisis se conoce como la “función paterna” (Lacan, 1956). Así como el niño necesita esta función para una adaptación saludable a la realidad, para abordar el fenómeno terrorista es indispensable introducir en la relación diádica las funciones de un tercero capaz de establecer límites. A nivel social, este tercero o representante de la función paterna es una comunidad que no abdique ante la violencia ni la justifique, una Ley que obligue por igual a todas las partes. Si un gobierno no titubea acerca de la inviolabilidad de ésta, transmitirá a los terroristas el único mensaje que les sitúa en la realidad de la adultez psicológica. El mensaje perverso de que la Ley puede ser transgredida en ciertas circunstancias —“si se dan las condiciones adecuadas”— equivale a sumir a la socie-

dad, terroristas incluidos, en la “trampa de la infancia”. Si falla el principio de inviolabilidad de la Ley, imprescindible para el funcionamiento mental sano de los grupos humanos, la desestructuración será inevitable.

En palabras de Kernberg (2003b), “para los terroristas la conciliación es anatema y, por tanto, el único medio eficaz para combatir el terrorismo es controlarlo y derrotarlo, a la vez que estudiamos las causas que fomentaron su desarrollo”. La contribución del psicoanálisis a este último respecto ha de centrarse nada más —y nada menos— que en el estudio del conflicto *intrapsíquico* del fenómeno terrorista: las transacciones psicológicas a que llegan los perpetradores de la violencia como solución a las vivencias subjetivas de humillación y envidia inconsciente, y las reacciones de la sociedad victimizada. Sin embargo, hay que resaltar que esto no es sino un aspecto del complejo cuadro del terrorismo. Hay factores de la realidad *extrapsíquica*, como la catástrofe demográfica que supone la existencia de cien millones de jóvenes sin futuro en los países árabes y en el África subsahariana, que pueden resultar mucho más determinantes en el curso de este terrible fenómeno social (cf. Hough, 2004).

El terrorismo amenaza con destruir la supremacía de la legalidad y las instituciones democráticas de Occidente, forjadas laboriosamente a lo largo de siglos. Una gran mayoría de los psicoanalistas que han estudiado este problema parece estar de acuerdo en que para la comprensión de los movimientos terroristas nuestras teorías psicológicas no son suficientes. Es necesario el examen de las realidades sociopolíticas, históricas y económicas. Pero terminemos recordando que diversos comités de las Naciones Unidas han sido incapaces de definir a satisfacción de todos quiénes han de ser considerados terroristas y quiénes luchadores por la libertad (cf. Vedantam, 2003). De todos es conocido que un grupo calificado de terrorista por un estado puede ser considerado por otro como compuesto de héroes nacionales, y que el terrorista de hoy puede ser el respetado político de mañana.

Bibliografía

- Akhtar, S. The psychodynamic dimension of terrorism. En C. Covington, P. Williams, J. Arundale y J. Knox. *Terrorism and War: Unconscious Dynamics of Political Violence*. Londres: Karnac, 2002, pp. 87-96.
— Dehumanization: Origins, manifestations, and remedies. En: S. Varvin y V.D. Volkan. *Violence or Dialogue? Psychoanalytic Insights on Terror and Terrorism*. Londres: International Psychoanal Assn, 2003, pp. 131-145.
- Alexander, F. *Psychoanalysis of the Total Personality*. Washington: Nervous and Mental Disease Pub. Co., 1930.
- Ardit, M. *Revolución liberal y revueltas campesinas*. Barcelona: Ariel, 1977.
- Bendix, R. *Max Weber*. New York: Doubleday, 1960.
- Blum, H.P. Sanctified aggression, hate, and the alteration of standards and values. En: S. Akhtar, S. Kramer y H. Parens, eds. *The Birth of Hatred: Developmental, Clinical, and Technical Aspects of Intense Agression*. Northvale (N.J.): Aronson, 1995, pp. 15-38.

- Bohleber, W. Collective phantasms, destructiveness, and terrorism. En : S. Varvin y V.D. Volkan. *Violence or Dialogue? Psychoanalytic Insights on Terror and Terrorism*. Londres: International Psychoanal Assn, 2003, pp. 111-130.
- Brenner, I., rep. Terror and societal regression: Does psychoanalysis offer insights for international relations?. *J Amer Psychoanal Assn* 2006; 54: 977-988.
- Brownmiller, S. *Against Our Will: Men, Women and Rape*. New York: Bantam Books, 1976.
- Cervantes, M. de. *Don Quijote de La Mancha, II Parte*, 1615. Madrid: Cupsa, 1977.
- Dicks, H.V. *Licensed Mass Murder*. Londres: Heinemann, 1972.
- Erikson, E. H. *Childhood and Society*. New York: Norton, 1963.
 - Ontogeny of the ritualization. En: R.M. Loewenstein, L.M. Newman, M. Schur y A.J. Solnit, eds. *Psychoanalysis: A General Psychology*. New York: Int Univ Press, 1966.
 - Psychosocial identity. En: *International Encyclopedia of the Social Sciences*. New York: Macmillan, 1968.
- Fairbairn, W.R.D. Las neurosis de guerra: Su naturaleza y significación, 1943. En: *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Buenos Aires: Hormé, 2001.
- Ferenczi, S. *Psicología de las masas y análisis del yo*, de Freud, 1922. En: *Problemas y Métodos del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1966.
- Fernández Soriano, J.J. Guerra: fracaso intraespecífico. Madrid: *Rev Psicoanál*, 1991; 13: 71-79.
- Freud, A. *El yo y los mecanismos de defensa*, 1936. Buenos Aires: Paidós, 1954.
- Freud, S. Tres ensayos para una teoría sexual, 1905. En: *Op. cit.* Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
 - La fijación al trauma. Lo inconsciente. Lecciones introductorias al psicoanálisis, 1917. En: *Op. cit.* Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
 - El tabú de la virginidad, 1918. En: *Op. cit.* Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
 - Lo siniestro, 1919. En: *Op. cit.* Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
 - Psicología de las masas y análisis del yo, 1921. En: *Op. cit.* Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
 - El porvenir de una ilusión, 1927. En: *Op. cit.* Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
 - El malestar en la cultura, 1930. En: *Op. cit.*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
 - El porqué de la guerra, 1933. En: *Op. cit.* Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- Friedman, L. Rejoinder to Stuart W. Twemlow's 'The relevance of psychoanalysis to an understanding of terrorism'. *Int J Psychoanal* 2005; 86: 963-967.
- Fromm, E. *Escape from Freedom*. New York: Farrar & Rinehart, 1941.
- Goodall, J. Life and death at Gombe. *National Geographic* 1979; 155: 592-621.
- Grinberg, L. *Psicología de las masas: El líder y el grupo*. En: *Introducción a la Teoría Psicoanalítica*. Madrid: Tecnipublicaciones, 1989.
- Hernández, M. Group formation and ideology: Text and context. Madrid: *Rev Psicoanál* 1988; 69: 163-170.
- Hoffman, B. *Inside Terrorism*. New York: Columbia Univ Press, 1998.
- Hough, G., rep. Does psychoanalysis have anything to offer an understanding of terrorism?. *J Amer Psychoanal Assn* 2004; 52: 813-828.
- Jouvenel, B. de *La teoría pura de la política*. Madrid: *Revista de Occidente*, 1963.
- Judt, T. La defensa filosófica del terror. *Claves de Razón Práctica* 2007; 171: 24-33.
- Kernberg, O.F. *Ideology, Conflict, and Leadership in Groups and Organizations*. New Haven: Yale Univ Press, 1998.
 - Sanctioned social violence: A psychoanalytic view. Part I. *Int J Psychoanal* 2003a; 84: 683-698.
 - Sanctioned social violence: A psychoanalytic view. Part II. *Int J Psychoanal* 2003b; 84: 953-968.

- Kestenberg, J.S. A metapsychological assessment based on an analysis of a survivor's child. En: M.S. Bergmann y M.E. Jucovy, eds. *Generations of the Holocaust*. New York: Columbia Univ Press, 1982, pp. 137-158.
- Klein, M. Notes on some schizoid mechanisms. En: *Developments in Psychoanalysis*. Londres: Hogarth Press, 1946, pp. 292-320.
- Kohut, H. *Análisis del Self*, 1971. Buenos Aires: Amorrortu, 1977.
— *Creativeness, charisma, group psychology*, 1976. En: *The Search for the Self*. New York: Int Univ Press, 1978.
- Lacan, J. *El Seminario, libro 3. Las psicosis*, 1956. Barcelona: Paidós, 1993.
- Ladan, A. The wish for war. *Int Rev Psychoanal* 1989; 16: 331-337.
- Lope de Vega Fuente Ovejuna, 1619. (Ed. J.M. Marín). Madrid: Cátedra, 1987.
- Lord Alderdice. *Introduction a Terrorism and War: Unconscious Dynamics and Political Violence* (Ed. C. Covington, P. Williams, J. Arundale y J. Knox). Londres: Karnac, 2002.
- Lorenz, K. *Sobre la agresión, el pretendido mal*, 1963. México: Siglo XXI, 1971.
- Maravall, J. A. *La literatura picaresca desde la historia social*. Madrid: Taurus, 1986.
- Nechayev, S. *Catechism of the Revolutionary*, 1869, www.counterorder.com.
- Ortega y Gasset, J. *La rebelión de las masas*, 1929. Madrid: Revista de Occidente, 1970.
- Paniagua, C. Reflexiones sobre los fenómenos violentos de masas. Madrid: *Rev Psicoanál* 1991; 13: 45-58.
— *Transferencia de autoridad y análisis del analista*. Madrid: *Rev Psicoanál* 1997; 25: 43-56.
— *La masa*. En: *Visiones de España: Reflexiones de un psicoanalista*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004.
- Pérez Galdós, B. *El equipaje del Rey José*, 1870. En: *Episodios nacionales*. Madrid: Alianza, 1976.
- Rangell, L. *The Mind of Watergate: An exploration of the Compromise of Integrity*. New York: W.W. Norton, 1980.
- Robespierre, M. *Justification of the Use of Terror*, 1794. www.fordham.edu.
- Rosen, I.C. *Revenge -The hate that dare not speak its name*. *J Amer Psychoanal Assn* 2007; 55: 595-620.
- Roth, C. *Los judíos secretos*, 1974. Madrid: Altalena, 1979.
- Sandler, J. The background of safety. *Int J Psychoanal* 1960; 41: 352-368.
- Spruiell, V. The rules and frames of the psychoanalytic situation. *Psychoanal Q* 1983; 52: 1-33.
— *Crowd psychology and ideology*. *Int J Psychoanal* 1988; 69: 171-178.
- Tocqueville, A. de. *La Democracia en América*, 1840. Madrid: Biblioteca Científico-Filosófica, 1911.
- Twemlow, S.W. y Sacco, F.C. Reflections on the making of a terrorist. En: C. Covington, P., Williams, J. Arundale y J. Knox. *Terrorism and War: Unconscious Dynamics and Political Violence*. Londres: Karnac, 2002, pp.97-123.
- Unamuno, M. de. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, 1913. En: *Op. cit.* Madrid: Afrodisio Aguado, 1950.
- Varvin, S. *Terrorism and victimization: Individual and large group dynamics*. En: S. Varvin y V.D. Volkan. *Violence or Dialogue? Psychoanalytic Insights on Terror and Terrorism*. Londres: *International Psychoanal Assn*, 2003, pp. 53-72.
- Vedantam, S. *When violence masquerades as virtue: A brief history of terrorism*. En: S. Varvin y V.D. Volkan. *Violence or Dialogue? Psychoanalytic Insights on Terror and Terrorism*. Londres: *International Psychoanal Assn*, 2003, pp. 7-30.

- Voegelin, E. Bakunin's confesión. *J Politics* 1946; 8:24-43 (Cit. E Waelder, 1967).
- Volkan, V. Psychological concepts useful in the building of political foundations between nations: Track II Diplomacy. *J Amer Psychoanal Assn* 1987; 35: 903-935.
 - The need to have enemies and allies. Northvale (N.J.): J. Aronson, 1988.
 - Blood Ties: From Ethnic Pride to Ethnic Terrorism. New York: Farrar, Straus & Giroux, 1997.
- Waelder, R. Notes on prejudice, 1949. *Bull Philadelphia Psychoanal Assn* 4: 71-81, 1954.
 - Progreso y revolución, 1967. Madrid: Tecnipublicaciones. 1990.